

La época de los extremismos. Una historia del mundo (1914-1991)

Chuck Churchill

Eric Hobsbawm. *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, 614 páginas.

Eric Hobsbawm inició su muy radical interpretación del mundo moderno con *La Época de las Revoluciones*¹ la completa ahora con *La Época de los Extremismos*.² Este libro es la culminación de una vida de investigación, reflexión y obra escrita de uno de los grandes historiadores del siglo XX. La visión general que tiene Hobsbawm del 'siglo XX corto' constituye una impresionante proeza en la que hace gala de sabiduría y de perspicacia en una forma poco frecuente dentro de la literatura especializada en este campo.

El libro está organizado en tres partes. La primera, **La Época de las Catástrofes** analiza la

Primera Guerra Mundial, la Revolución Rusa, la Gran Depresión, el Fascismo y la Segunda Guerra Mundial. Desde un principio, se revela la notable perspectiva tanto en el capítulo sobre las artes de ese periodo como en la parte titulada **"El Ocaso de los Imperios"**. Quien esté familiarizado con el trabajo de Hobsbawm no se sorprenderá ni de su meditada y minuciosa historia social contemporánea ni de su vasta erudición que destaca especialmente en su análisis sobre los movimientos artísticos tales como el surrealismo. La parte dos se titula **La Época Dorada** y cubre el periodo que se inicia con la Guerra Fría hasta llegar al apogeo de la 'Pax Americana'. En esta fase, Hobsbawm dedica un capítulo al 'Tercer Mundo', examina el impacto de los cambios tanto sociales como culturales y evalúa el 'socialismo

Traducción de Víctor Breña Valle.

² *The Age of Extremes. A History of the World (1914-1991)*, New York, Vintage Books, 1996, 627 pp.

real' de la Unión Soviética. La parte tres se denomina **El Desprendimiento** y es un intento de Hobsbawm por darle significado a las décadas posteriores a los 60 y al lento deslizamiento del mundo hacia crisis económicas, sociales y, más recientemente, ecológicas.

Una breve reseña escasamente puede hacer justicia al rango y la profundidad de la exhaustiva crónica de Hobsbawm. En consecuencia, esta revisión se limitará a examinar la globalización del capitalismo y sus ramificaciones sociales, clave que subyace en los hilos conductores que entrelazan los conflictos, el caos y los extremismos del siglo XX. Hobsbawm no plantea un análisis procustiano que enmarcara artificiosamente los principales acontecimientos mundiales entre 1914 y 1991. Más bien hace una lectura personal del hecho histórico y no rehuye polemizar con ortodoxias, de izquierda o de derecha. Sin embargo, Hobsbawm no deja de manifestarse claramente a favor de las clases trabajadoras, los pobres y los oprimidos.

Hobsbawm presenta el escenario de acontecimientos del siglo XX analizando la masiva violencia, empresarialmente organizada y sin precedentes tecnológicos, que fue la Primera Guerra Mundial. Sin duda, Estados Unidos fue el gran triunfador y con escasos sacrificios emergió de la guerra como la primera potencia financiera e industrial. Esa conflagración atizó la Revolución Rusa de modo que por algún tiempo la Unión Soviética sería una poderosa fuerza y una alternativa a la organización capitalista del mundo. Irónicamente, este conflicto imperialista marcó el inicio de la liquidación formal (si no es que económica) de los imperios decimonónicos y la creación de una miríada de nuevas 'naciones'. La guerra hizo ver a la brutalidad como algo normal para algunos de sus participantes. Es el caso de Hitler, quien introduciría en la política la implacable y ho-

micida mentalidad de las trincheras. El fascismo pretendía llenar el vacío de poder generado por el colapso de los antiguos regímenes en Alemania e Italia y movilizó a los 'hombrecillos' pequeños burgueses que se veían a sí mismos como una opción entre los grilletes del gran capital y un movimiento obrero casi revolucionario. Igualmente alimentó los nacionalismos, el anticomunismo y los delirios de superioridad racial que a su vez, fortalecieron un antisemitismo propiciatorio de modo que, a pesar de cierta retórica anticapitalista, el fascismo rápidamente se acomodó en el mundo de los grandes negocios.

Sin embargo el ascenso del fascismo y el reinicio de la guerra a iniciativa de los vencidos, no habría ocurrido a no ser por el colapso sin precedente de la economía capitalista internacional. La depresión mundial de los 30 fue una condición necesaria, pero no suficiente para el principio de la Segunda Guerra Mundial. Alemania, Italia y Japón se rearmaron y se prepararon para la guerra. En el marco de una continua (acaso depurada) hegemonía capitalista, las democracias occidentales respondieron a la depresión con programas de gobierno diseñados para reciclar la economía y al mismo tiempo atenuar tanto las penalidades de las masas de desempleados como los riesgos de rebeliones populares masivas. El Estado tenía un indiscutible papel económico que desempeñar puesto que casi nadie hablaba de 'mercados libres' no regulados. De hecho, 'planear' se convirtió en una consigna a medida que se observó que la economía en crecimiento de la Unión Soviética parecía haber escapado al colapso.

Dos guerras mundiales contribuyeron a subordinar los viejos poderes europeos al poder industrial y militar de Estados Unidos, que impulsó la transformación del mundo en un sitio seguro

para los estadounidenses y el gran comercio global. Bajo el paraguas nuclearestadounidense, Europa Occidental y Japón reconstruyeron sus economías. Sólo la Unión Soviética pareció representar un reto y un obstáculo a los objetivos de expansión del capitalismo: de allí los 45 años de Guerra Fría. Sin embargo, no obstante este conflicto o, dado el papel económico del gasto militar y muy probablemente debido a él, los 25 años posteriores a la Segunda Guerra Mundial fueron, en palabras de Hobsbawm, una 'etapa dorada' de crecimiento económico y prosperidad; en particular, para Estados Unidos, Japón y Europa Occidental. (Éste fue, por supuesto, un fenómeno desigual que excluyó a sectores significativos de la población aun dentro del mundo desarrollado. Más adelante me referiré a los puntos de vista de Hobsbawm acerca del Tercer Mundo.) En todos estos países de economías en crecimiento y sindicatos fuertes—con el comunismo ruso presionando intensamente—se conformó un complejo pacto social entre el capital y el trabajo con el Estado como mediador. Las lecciones de los 30 parecían haber sido asimiladas. Este período de optimismo y prosperidad tuvo, sin embargo, una vida notablemente corta. Según Hobsbawm "la etapa dorada" finalizó entre 1973 y 1975 en términos muy similares a una clásica depresión recurrente que redujo la producción industrial en las 'economías de mercado desarrolladas' en 10 % en un año y el comercio internacional en 13 % [...] En África, Asia Occidental y Latinoamérica el crecimiento del Producto Nacional Bruto per cápita se estancó. En los 80, la mayor parte de la población se empobreció y la producción cayó a lo largo de casi toda la década [...]. Nadie pudo seriamente dudar que para estas regiones del mundo, los 80 fueron una etapa de severa depresión. Por lo que hace a la zona que correspondía al 'socialismo real' occidental (la Unión Soviética y sus satélites) se puede decir que pasado 1989, sus economías [...] se colapsaron absolutamente".

El capitalismo, al que Marx caracterizó como propenso a sufrir crisis, pareció una vez más darle la razón. Pero al mismo tiempo la supuesta alternativa marxiana, "el socialismo realmente existente", había mostrado simultáneamente su propia ruina. Hobsbawm no elabora duras "lecciones" de estos fenómenos, pero sugiere algunas formas de visualizar el mundo contemporáneo que son de profunda relevancia para toda discusión racional de las crisis contemporáneas.

Ante todo no hay que olvidar la visión en retrospectiva de Hobsbawm en el sentido de que el comunismo ruso nunca fue realmente una opción viable. La estructuración del Estado ruso y de su economía se dio a partir de una serie de respuestas limitadas y forzadas para las difíciles realidades que enfrentaba la naciente Unión Soviética. Lenin y los bolcheviques vieron a la revolución proletaria en todo el mundo o por lo menos su realización dentro de la Alemania desarrollada, como posibilidades de sacar a Rusia de su atraso. No esperaban sobrevivir aislados o construir 'el socialismo en un país'. Tal y como Hobsbawm explica: "Ninguna de las condiciones que Marx o cualesquiera de sus seguidores habían considerado esenciales para la implantación de una economía socialista estuvieron presentes en esa enorme extensión territorial que virtualmente se consideraba sinónimo del atraso económico y social en Europa". Las políticas de Stalin de colectivización forzosa y de apoyo para un rápido desarrollo de la industria pesada, parecieron impulsara la Unión Soviética al siglo XX y la prepararon para enfrentarel asalto alemán e incluso generar un crecimiento económico sustancial, pero a un enorme costo para el pueblo ruso, en particular los campesinos que constituían mayoría en la sociedad rusa. De hecho, la agricultura colectiva fue un fracaso casi desde el principio y la dirección burocrática de la economía terminó por esclerotizarse. Sin duda la Guerra Fría dio

lugar a una mayor rigidez y justificó una represión permanente al tiempo que el gasto militar agobiaba crecientemente las espaldas del pueblo trabajador.

La Unión Soviética se vino abajo; los sectores guerreristas estadounidenses se llevaron el crédito de ello y el capital mundial se proclamó triunfador. Los ideólogos neoliberales que se hallaban a la ofensiva desde los 70 y controlaban las políticas gubernamentales en los países más poderosos como Gran Bretaña y Estados Unidos a partir de los 80, afirmaron que el "libre comercio" y la economía de "mercado libre" habrían de sacar a la ex Unión Soviética del bache. Mientras estos grupos gobernantes intentaban, con algún éxito, dismantelar el pacto social establecido como respuesta a la Gran Depresión de los 30, las décadas de los 70 y los 80 así como el inicio de la de los 90, fueron el contexto en el cual la economía mundial se vio arruinada por una serie de caídas tipo depresiones. Todos los problemas que habían alimentado las críticas al capitalismo antes de la Segunda Guerra Mundial — pobreza, desempleo masivo, carencia de vivienda, hambruna e inestabilidad — reaparecieron y quizás en mayor escala. La brecha entre ricos y pobres creció. Según Hobsbawm, "la tragedia histórica de las décadas de crisis (70 - 90), fue que la producción se deshizo de las personas con mayor rapidez de la que tenía la capacidad de la economía de mercado para generar nuevos puestos de trabajo. Más aún, este proceso se vio acelerado por la competencia mundial, las presiones financieras sobre los gobiernos que —directa o indirectamente— eran los mayores empleadores y después de 1980, por la entonces prevaleciente teología del libre mercado que presionaba para que se transfiriera empleo a formas empresariales que maximizaran las utilidades; en particular, a firmas del sector privado que, por definición, no tienen otro interés que el de su propio beneficio".

Así como ocurrió en los 30, la crisis posterior a los 70 ha tenido consecuencias particularmente terribles para el Tercer Mundo. Tasas de natalidad mucho más altas y tasas de mortalidad históricamente más bajas han generado poblaciones crecientes, mientras que la agricultura campesina tradicional ha sido socavada forzando a millones a abandonar la tierra y dirigirse a las grandes ciudades. De hecho, Hobsbawm considera a la explosión demográfica en los países más pobres como "muy probablemente el cambio más significativo habido en el "siglo XX corto". Es poco factible que el capitalismo mundial pueda generar suficientes empleos que proporcionen aunque sea una magra subsistencia a la enorme cantidad de personas en busca de trabajo. Los gobiernos tercermundistas parecen cada vez menos capaces de enfrentar sus diversas dificultades. En términos de deuda externa, a partir de los 70, 28 países debían cada uno más de 10 mil millones de dólares; mientras que los tres gigantes Brasil, México y Argentina, debían hacia 1990 entre 60 y 110 mil millones de dólares. 24 países incluyendo todos los del África subSahariana debían más de lo que producían.

Si los gobiernos del Tercer Mundo parecen impotentes para superar los problemas del empleo decreciente y de la agudización de la pobreza, ¿qué decir de los gobiernos del mundo desarrollado? De acuerdo a Hobsbawm, las transnacionales eluden cada vez con mayor facilidad la regulación y el control del Estado-nación. El desempleo tecnológico crece; la industria se desplaza hacia las áreas de niveles salariales bajos; las políticas ideológicamente influidas por la noción de 'libre mercado' debilitan e incluso eliminan los mecanismos que el Estado solía aplicar para aminorar los efectos sociales causados por el afán de lucro de las corporaciones internacionales. "La economía mundial es una maqui-

naria crecientemente poderosa y sin control ¿Podría ser controlada? Si así fuera, ¿por quién?".

Hobsbawm no tiene una respuesta a esta pregunta. En su lugar, vislumbra un viraje de los países a su interior, la balcanización de la política marcada por la xenofobia, el predominio de la identidad étnica y muy vanados fundamentalismos. Esta política no es ni remotamente capaz de enfrentar los principales problemas mundiales que él identifica en lo demográfico y lo ecológico. La población del mundo sigue creciendo y los demógrafos esperan que se estabilizará en alrededor de 10 mil millones de personas en algún momento cercano al año 2030 debido fundamentalmente a un descenso de las tasas de natalidad en el Tercer Mundo. Estas enormes cifras aparejadas a una economía basada en un "crecimiento" interminable, auguran una catástrofe ecológica. Desde ahora existe ya una aplastante evidencia de los efectos debilitantes de la contaminación, los gases provenientes del fenómeno de invernadero, la extinción masiva de especies, la destrucción de las selvas tropicales y el agotamiento del suelo y los recursos naturales. "Si se mantuviera de manera indefinida (suponiendo que esto fuera posible) una tasa de crecimiento económico como la habida en la segunda mitad del 'siglo XX corto', las consecuencias para el entorno natural de este planeta incluyendo a la especie humana como parte de él, serían irreversibles y catastróficas".

El "siglo XX corto" está llegando a su fin sin que se haya delineado una estrategia para hacerle frente a sus crisis. La desaparición de la URSS posiblemente haya suprimido un conjunto de 'soluciones' utópicas, pero el enorme poder

económico del capital corporativo ha generado un liderazgo político que ahora parece tener el campo abierto para su propia ideología utópica de capitalismo de 'libre mercado', sin regulación alguna y de *laissez-faire*. A pesar de la incertidumbre que tiene Hobsbawm acerca del perfil del futuro, él no duda de que la utopía de 'libre mercado' nada tiene que ofrecer. De hecho, Hobsbawm cree que "solamente 3 cuestiones se pueden decir con razonable certeza". Uno, cualquier solución a la crisis tiene que ser mundial; dos, las políticas deben ser realistas y radicales y las soluciones de mercado no son ni lo uno ni lo otro; tres, se debe buscar un desarrollo 'sustentable' en el corto plazo. Por otra parte, "a largo plazo, se debería configurar un equilibrio entre la población, los recursos renovables a consumir y los efectos de la acción humana sobre el medio ambiente". No obstante que Hobsbawm no identifica a los agentes del cambio y aunque él sugiere que una buena parte de ese cambio existe bajo la forma de 'carencias' en el mundo, estas particularidades ya de gran magnitud en los países más pobres, empiezan a surgir en los más ricos. Estos núcleos humanos poco tienen que esperar de la permanencia del capitalismo 'realmente existente'. Aun más, Hobsbawm subraya claramente que un orden social económicamente humano, ambientalmente razonable y más equitativo, "sería incompatible con una economía mundial basada en la búsqueda ilimitada del beneficio para empresas dedicadas por definición a esta finalidad y compitiendo las unas contra las otras en un libre mercado mundial. Desde el punto de vista ambiental si la humanidad pudiera tener algún futuro, el capitalismo de las Décadas de Crisis ciertamente no parece tenerlo".